

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 23 de Abril de 1925 ooooooooooooo

EL CIELO

No solo es para nosotros interesante el planeta que habitamos. También esa serie infinita de mundos visibles solo como puntos luminosos en la obscuridad de la noche, ofrece no solamente un espectáculo agradable a nuestros ojos sino que excita nuestra curiosidad y atrae nuestra atención de un modo especial.

Los hombres desde la más remota antigüedad, se han preocupado siempre de indagar el más allá inmenso que se presentaba ante sus ojos, y allí donde su simple mirada escrutadora no alcanzaba, pusieron aparatos, obra de su ciencia, que acercaban a su vista los seres más lejanos.

A simple vista, primero; con el telescopio, después, el hombre siguió cuidadosamente el paso de esos puntos luminosos que pueblan el espacio sin fin. Observó primero los más cercanos a su alcance: el sol y la luna. Siguió luego las estrellas penetrando en el misterio de sus movimientos, y recorriendo, con su poderosa inteligencia, el velo que le ocultaba un mundo de inmensas maravillas: el mundo de los astros.

Comenzó a estudiar, conocer, clasificar y dividir los distintos astros. Halló entre ellos diferencias notables, no solo en su forma y sus movimientos, sino en su manera misma de existir. Comparándolos luego con la tierra, se dió cuenta de su pequeñez.

El sol, la estrella más cercana a nosotros, es un millón cuatrocientas veces mayor que la tierra. Y el sol es una de las estrellas más pequeñas. Casi todas esas estrellas que solo nos parecen puntos son mayores que el que nos envía diariamente su luz y su calor. Si los vemos tan pequeños, es porque la distancia que los separa de nosotros es inmensa, inimaginable, imposible de calcular con nuestras insignificantes medidas terrestres.

De los astros, unos hay que tienen luz propia, como los «soles»; otros la reciben de éstos, alrededor de los cuales dan vueltas: son los «planetas». Rodeando a los planetas circulan otros astros más pequeños, que tampoco tienen luz propia, y se llaman «satélites». Los «cometas» son aquellos astros que giran alrededor de los soles, describiendo elipses enormes, por lo que solo se les ve periódicamente. Algunos dejan tras sí estelas luminosas llamadas colas, por lo que el vulgo les conoce.

La tierra es un planeta. A su alrededor gira un satélite: la luna.

El viaje alrededor del sol lo hace la tierra en trescientos sesenta y cinco días

aproximadamente, describiendo una elipse llamada por los astrónomos «eclíptica».

La ciencia que nos enseña a conocer los astros que llenan el espacio sin fin que nos rodea, se llama Astronomía.

VARIEDADES

Oído en las nubes.

El gran sabio y astrónomo Camilo Flammarion (hijo) acaba de terminar una serie de experiencias acerca de la altura a que pueden oírse diversos sonidos. El astrónomo francés, durante su experiencia, ha tenido que efectuar varias ascensiones en globo.

El grito de un hombre puede oírse a 480 metros de altura; el sonido de un tambor o de una orquesta de «jazz» llega a 750 metros; el disparo de un fusil y el ladrido de un perro se oyen hasta una altura de 1.770 metros; el ruido de un tren en marcha puede oírse hasta una altura de 2.450 metros y el silbido de una locomotora hasta 3.000 metros.

La distancia a que pueden verse los colores.

El encarnado es el color que mejor se ve a lo lejos, ya que a la luz del día puede verse a 180 metros de distancia con el auxilio de una lámpara de 75 bujías; para que pueda ser visto a la misma distancia el verde requiere una lámpara de 250 bujías, el amarillo una de 750 y finalmente el azul una de 1.000.

Una película impresionada bajo el agua.

Una expedición científica a cuya frente figura un arqueólogo francés, pretende impresionar una película de una ciudad del antiguo Imperio Romano que hace muchos años está sumergida en el fondo del mar mediterráneo.

La mencionada expedición confía en encontrar al mismo tiempo tesoros inestimables.

20.000 Libras por un regalo de Pascuas.

Quién sería capaz de pagar 20.000 libras por un regalo de Pascuas? Pues esa fué la suma que valía el presente de Pascuas que en cierta ocasión hizo Napoleón I a la Emperatriz Josefina. El regalo consistía en un huevo de oro lleno de perlas de enorme valor.

El mismo emperador regaló a una dama de su corte un descomunal huevo que medía 3 metros de altura por 6 de longitud y que tenía dentro una victoria, dos caballos *ponnies* y un groom.

Un árbol de mil años.

En Arsandol, localidad situada en la región minera de Bengala, se ha descubierto el fósil de un árbol de 21 metros de longitud.

Los sabios afirman que el fósil tiene más de 1.000 años!...

Noventa años en la misma vivienda.

Miss Lowell, de Towcester, acaba de fallecer en la misma habitación en que había nacido. Ha vivido en la misma casa, noventa años!

El número de barcos botados.

Durante el año último se botaron en todo el mundo 924 barcos con un tonelaje de 2.247.751, al que Inglaterra contribuyó con 1.439.885 toneladas.

Aceite de ballena.

Una ballena adulta produce cerca de 86 barriles de aceite que equivalen a 14 toneladas y media!...

Las Cerezas.

Luculos, el famoso general romano cuya mesa se ha hecho proverbial, fué quien trajo a Europa las cerezas 70 años antes de Jesucristo.

Esta deliciosa fruta abundaba en Kerasunt, región situada sobre el Mar Negro, en Asia.

Curioso origen de los pendientes.

La moda de los pendientes es más antigua de lo que muchos se imaginan.

Cuenta la historia que Abraham, padre del pueblo hebreo, tenía una criada llamada Agar y de cuya hermosura se mostraba muy celosa su esposa Sara.

En su furor contra la esclava, Sara juro un día matarla. Pero, reflexionando bien encontró que sería mucho mejor desfigurarla. En efecto, un día de vendimia hizo deber más de lo regular a la bella Agar, y aprovechando de su sueño le agujereó las orejas y el cartilago de la nariz. Y no le atravesó los ojos únicamente por no privarse de los servicios de la criada.

Al enterarse Abraham de la fea acción de su mujer buscó el medio de consolar a su esclava. Se dirigió pues a su tienda y después de hablarle cariñosamente le puso un anillo de oro en cada una de sus heridas.

Sara, que se dió cuenta del efecto que producían dichos adornos, se hizo a su vez agujerear las orejas para poder usar también pendientes. Las demás mujeres de su tribu la imitaron y la moda se extendió pronto en todo el país de Canaan y más tarde en el mundo entero.

Fábulas de Lafontaine

El murciélago y las dos comadreas

El murciélago cayó en el nido de una comadreja; esta gran enemiga de los ratones, echóse sobre él para devorarlo. ¡Qué atrevimiento!, exclamó. ¡Te presentas aquí teniendo yo tanto que sentir de los tuyos! ¿No eres ratón? ¡Habla sin empacho! Si, ratón eres tan cierto como yo soy comadreja.

¡Perdonad, contestó el desdichado, no soy lo que os figuráis. ¡Ratón yo! Calumnias son esas de los que me quieren mal pájaro soy, gracias a Dios ¿No veis mis alas? ¡Vivan los habitantes del aire!

Razonable era lo que decía, y la comadreja, vencida, dejólo ir.

Dos días después el aturdido murciélago, metióse sin pensaren la madriguera de otra comadreja enemiga de los pájaros. ¡Otra vez en peligro de muerte! La señora de la casa abría ya el hociquillo para destrozarlo, en concepto de pájaro, cuando protestó la víctima de la ofensa que se le infería: ¡Pájaro yo! ¿No os habéis fijado bien? ¿Qué es lo que caracteriza a los pájaros? Las plumas. Ratón soy. ¡Viva la gente ratonil! ¡Dios confunda a los gatos!

Con esta buena ocurrencia, salvó das veces la vida.

Muchos hay que, volviendo la cascaca, escapan al peligro, como el murciélago; el hombre listo sigue la corriente; hoy con los tirios, mañana con los troyanos.

El pájaro herido de un flechazo

Herido mortalmente por emplomada flecha, lloraba un pajarillo su acerba suerte, y exclamaba, transido de dolor: ¡Contribuir a nuestro propio mal! ¡Eso es lo más triste! ¡De nuestras alas tomáis, hombres crueles, las plumas que hacen volar vuestros mortales proyectiles! Pero no te burles de nosotros, raza despiadada; tienes el mismo sino; siempre entre los hijos de Jafet, los unos proveen de armas a los otros.

Matando leones en masa

Narraciones de un cazador

Un cazador de fieras refiere algunos episodios muy curiosos de la caza del León.

«Por la noche—dice el viajero—oímos por todas partes a los leones. Escucho atentamente sus rugidos para

Lavados en seco
Colores finos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plissés, acordonados, watteaux,
etcétera
Se lavan, tiñen y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase
de pieles
Visillos, stors, cortinajes
y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIVAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

Tantas expediciones como vapores correos

averiguar en que sitio van a adormir, porque aquí, en el invierno salen por la tarde de su retiro donde han pasado el día a la sombra, después de beber, persiguen en grandes grupos los rebaños de antílopes y se reparten la presa. Se hartan de carne, y al amanecer, con la tripa llena, van a beber de nuevo. Después lanzan algunos rugidos de triunfo, y antes que el sol caliente demasiado, vuelven a sus escondrijos. Dada esta manera de ser, el mejor medio para matar un león es visitar los abrevaderos preferidos por las fieras, y cuando por los rugidos se ha adivinado en donde duermen la siesta los leones, se deja entre estos dos puntos un animal que sirve de cebo, después de abrirle el vientre para que huelva más fuerte.

Por la mañana, en medio de una ligera neblina, oigo el aullido de los chacales en la dirección que he dejado el cebo. «Atención—me dice uno de mis negros;—los chacales gritan por allí hay leones.» Avanzo con prudencia y a sesenta metros veo en el sitio del cebo dos grandes leonas. Una está tendida, la otra sentada sobre el cuarto trasero, se lame una pata. Le tiro a esta última al cuello, que en mi concepto es el sitio mejor para una distancia de menos de cien metros. Si yerra el tiro, la fiera huye rápidamente, lo que le quita a uno la idea de seguirla, y si se acierta se le rompen las vértebras o se le corta la carótida o la yugular, y el animal queda muerto. Esta vez he apuntado bien, porque la leona cae sin movimiento; la otra, al oír el disparo, da un salto, me ve y sale huyendo. Le tiro a ciento veinte metros y le coloco una bala en la espalda. Da un rugido, pero sigue corriendo, y se mete en una espesura cerca de un río. Examinó la sangre que ha derramado por la herida, y comprendo que le he atravesado el pulmón. Los accidentes que me han contado y los que yo he presenciado en mi vida de cazador me han hecho prudente, y abandono aquella pieza.

Aquella misma tarde maté dos antílopes más y dejé uno como cebo, no lejos del sitio donde maté la primera leona. Había visto por allí huellas de una numerosa bandada de leones que acostumbraba ir a beber al río. Al llegar a la madrugada siguiente veo en aquel sitio ocho leones. Dos enormes machos y una leona están echados; son los que se encuentran más lejos de mí. Tres leonas se hallan sentadas o de pie, en actitudes diferentes, dos leoncillos se disputan un hueso gruñendo. A lo lejos, tres chacales presencian la escena.

De un balazo en el cuello tiendo a una de las leonas. Al oír la detonación, toda la familia se levanta y mira a ver de donde viene el ataque porque yo me he escondido para volver a cargar. Un segundo balazo tiende a una segunda leona junto a la primera. Esta vez me han visto tres leones, los dos machos y una hembra, que huyen volviéndose grupas. La otra leona y sus dos cachorros, menos prudentes, vienen en derechura hacia mí. La leona me ve, se agacha un segundo, se vuelve a levantar y carga contra mí con la cola tiesa y las orejas echadas atrás. Sus hijos la siguen. Un balazo en el pecho acaba con esta madre furiosa. Los leoncillos se detienen junto a ella gruñendo y enseñándome los dientes. Como no me quedan más que dos cartuchos, cambio el cargador por precaución, y con dos balas envío a los dos cachorros, ya bastante respetables, a juntarse con su madre. Pongo a toda mi gente a desollar aquéllas hermosas piezas, y cuando acabamos es ya cerca del medio día.

Pocos días después, cerca del sitio

donde había matado estos cinco leones, encuentro sobre el cebo otros tres dos machos y una hembra, y me aproximo a ellos hasta cuarenta metros. El primer león cayó de un tiro en el cuello; la leona rodó de un balazo que le rompió los dos omoplatos, y el último, habiendo cometido la imprudencia de pararse a ver lo que era de sus compañeros, recibió una bala que le partió los riñones.

Catorce días más tarde el 4 de Septiembre, volvía de visitar mis cebos, cuando ví a lo lejos un animal amarillento que bajaba a beber al Sungüé. Detrás de él conté otros cuatro iguales. Eché mano a los gemelos: eran tres leonas y dos leones. Esperando que la sed les impediría huir, me dirigí hacia ellos; pero me equivoqué, porque volvíeron sobre sus pasos, llevándose siempre docientos metros de delantera, trotando cuando yo andaba más de prisa, marchando al paso si se creían en seguridad. Un enorme macho de magnífica melena oscura cerraba la marcha, deteniéndose de vez en cuando para mirarme.

Página infantil

EL ESPEJO DE LUISITA

¡Cuánto más dichosa que hoy era la humanidad en los tiempos de las hadas! Cualquier deseo de un alma cándida e inocente, por atrevido que fuera, se realizaba en seguida.

En aquellas épocas que pasaron para no volver, se creía en palacios de ópalo, mármol y pórfido, con pavimentos de diamante y jardines encantados. Pero las desavenencias y combates que existían entre las buenas y las malas hadas en tiempos cuya memoria se ha perdido, fueron causa de que desaparecieran casi todas.

Una hada buena, que estaba en una aldea llamada el «Valle de las Rosas», donde se encontraba una niña huérfana, de maravillosa hermosura, resolvió hacerle el don de su poder y regalarle su varita mágica.

Llamábase la niña Luisita, y estaba dotada de una sensibilidad tan delicada, que el menor contratiempo le llenaba de lágrimas los ojos.

Cuando Luisita hubo cumplido dieciséis años, le regaló el hada un espejo y le dijo:

—Siempre que alguien te hable, mira su imagen en esta brillante luna, y verás si se trata de una persona amiga o enemiga.

Así lo ofreció la niña, y desde entonces, en cuanto alguien le hablaba, miraba con disimulo a su espejito, y en él veía retratado lo interior de las personas.

Una vez, estando sentada en un banco de la alameda, se le acercó un militar de erizados bigotes, el cual después de saludarla, se sentó a su lado y comenzó a contarle sus proezas. A creerle, había muerto a setecientos moros, y tomado seis castillos por asalto, arrojando a sus defensores.

Luisita, maravillada ante el relato de tantas atrocidades, miró con disimulo a su espejo y vio en él que el tal militar era más cobarde que una rata, no pudiendo menos de sonreírse; el soldado; al ver aquella sonrisa, exclamó:

—¿Es que no cree usted lo que le he dicho? Pues sepa usted que para vencerla estoy dispuesto a hacer lo que usted mande.

—Si se empeña usted en hacer algo en favor mío, búsqüeme usted una paloma que se me ha perdido y no puedo dar con ella.

—Mañana a estas horas la tiene usted en su mano.

Y dicho es o se despidió el militar.

Al volver Luisita a su casa se encontró con Fernando, un joven vecino suyo que la quería mucho. Al verla preocupada, le preguntó cuál fuera la causa de su tristeza, y ella repuso que se le había perdido su dulce amiga la palomita, y que deseaba encontrarla a toda costa.

Al día siguiente, ya había encontrado Fernando la paloma y entregósele a Luisa.

Después que Fernando, llegó el militar con una paloma en la mano y dijo:

—¡Aquí está el animalito que usted buscaba!

Miró Luisita su espejo y vio al militar comprando una paloma blanca en el mercado. Mostróle entonces la niña su paloma, que poco tiempo antes había traído Fernando.

—¿Como es eso—gritó el militar—, si la misma paloma me ha dicho que era de usted? ¿Y quién la ha traído?

¡Yo!—exclamó Fernando, que estaba cerca de ellos.

El militar le miró un momento con aire de bravo; pero al ver que el muchacho no se asustaba; dió media vuelta y se marchó.

Luisita y Fernando rieron mucho a costa del falso bravucón y por fin, volvieron a su casa, acordando romper el espejito, que a lo mejor no dice la verdad.

No guardó del espejito ni siquiera un pedacito.

Y todos fueron felices con tres palmos de narices.

FRASES DE SABIOS Y DE LOCOS

EL REGALO DE LA BOLSA

Un individuo, entregado a prácticas de alquimia, dedicó al Pontífice León X un libro, en donde había escrito sus procedimientos para fabricar oro, y al dedicárselo al Pontífice, esperaba ser recompensado espléndidamente. Pero el Papa le envió una bolsa vacía, acompañada de este lacónico escrito:

«Ya que sabéis cómo se fabrica oro, no necesitáis más que una bolsa para guardarlo.»

LAS PALABRAS SON BARATAS

El poeta Ludovico Ariosto se había hecho construir una casita muy pequeña. Un amigo del poeta le preguntó cómo era que este, en su poema célebre *Orlando furioso*, habiendo descrito palacios tan suntuosos y magníficos, se contentase con aquella casita tan modesta.

Replicó Ariosto: —Es que las palabras son más baratas que las piedras.

FALTA DE SESO

Un señor que había acudido a separar a dos que estaban peleándose, resultó con una herida en la cabeza.

Llamado el médico, este arregló el desperfecto, y mientras curaba, decía:

—Es tan grande la herida, que por ella se puede ver el seso.

—¿Cómo puede ser—replicó el herido—verdad tal cosa? Si yo tuviere seso, no me hubiera sucedido lo que ha pasado.

«NO LO SE»

Duval, el célebre bibliotecario de Francisco I de Francia, cuando se le preguntaban ciertas cosas de ciencia, solía responder: «No lo sé.»

—Sin embargo—le dijo, un tonto,—el Rey os paga para que lo sepáis.

—Me paga por lo que sé—replicó modestamente el sabio,—pero si hubiera de pagarme por lo que ignoro, no le bastarían todos los tesoros de su reino.

CORTESÍA DE UN ALCALDE

La Reina Isabel de Inglaterra iba una vez de visita por sus Estados.

Cuando se acercaba a la ciudad de Conventry le salió al encuentro su alcalde, con séquito numeroso.

Unidos ambos cortejos dirigieron a la ciudad, y como antes hubieren de cruzar un claro y caudaloso arroyo, el caballo del alcalde hizo varias tentativas para beber, pero el alcalde se lo impidió enérgicamente.

La Reina, que había observado el caso, dijo entonces al caballero alcalde:

—Por Dios, señor alcalde, deje a su caballo que beba tranquilamente.

Pero el alcalde, inclinándose con toda humildad y cortesía, replicó:

—Señora: sería una indigna presunción de mi caballo querer beber antes que lo haya hecho la real burra de su Majestad.

El Juguete del Tiempo

ORIGEN DE LA COMETA

Según una antigua leyenda, fué el general chino Han-Sin quien 200 años antes de J. C. inventó la «cometa», y la utilizó para hacer señales, desde la ciudad en que estaba sitiado, al ejército que venía en su auxilio.

En Europa fué tenido como objeto de diversión infantil. Es reciente la aplicación de estos «cometas» de papel para serias aplicaciones. En 1749, un escocés el doctor Alejandro Wilson, ideó hacer subir un termómetro sujeto a un colosal «cacherulo» para registrar las temperaturas altas. Tres años después Benjamín Franklin ejecutó en Filadelfia un experimento que ha sido célebre: quiso recoger, valiéndose de varios «cacherulos», la electricidad atmosférica durante una tempestad, consiguiendo llevar por el hilo a la máquina de electricidad colocada en tierra, grandes chispazos eléctricos.

El haber conquistado definitivamente el «cacherulo» o cometa para la ciencia se debe a los aparatos japoneses, en forma de cajas vacías y paralelas, que «vuelan» muy bien. Los americanos Eddy y Hargrave han construido aparatos siguiendo el modelo japonés. Dos aparatos, colocados a cierta distancia, constituyen el equipo científico; así, el aparato superior, arrastra al inferior, y ambos suman su energía, suben más altos y pueden servir mejor al estudio de los fenómenos atmosféricos.

El primer observatorio que usó estos aparatos fué el de Blue-Hill (junto a Boston) en 1894, llevando aparatos registradores de temperaturas, corrientes aéreas, electricidad, etc. El resultado no debió de ser negativo, o los astrónomos sintieron niños con el nuevo instrumento científico, porque en seguida se montaron por doquier, en los Estados Unidos, estaciones provistas de muy científicos «cacherulos» para realizar observaciones.

Los «cacherulos» que sirven a la ciencia, perdieron aquella alegría de formas y colores de los de juguete; ni tienen tampoco las colas tan historiadadas y elegantes. Son, en cambio, enormes, y el hilo que los sujeta está hecho especialmente de acero y seda, que se arrolla a un torno.

Estos cometas pueden levantar hasta medio quintal de peso en una sola vez. Pueden subir hasta 5.000 metros.

También se ha empleado el «cacherulo» para otros menesteres científicos, especialmente para obtener fotografías topográficas, mediante aparatos dispuestos adrede.

Se ha pensado utilizarlos para diferentes objetos, aunque no siempre las pruebas hayan sido satisfactorias. En ciertos naufragios costeros, se han empleado los cometas para llevar víveres y recursos a las naves en peligro. Los amantes de la pesca idearon valerse de «cacherulos» para lanzar el cebo a la pesca grande. El capitán Baden-Powell tuvo la estúpida ocurrencia de sujetarse a un «cacherulo» y subir por los aires prueba que realizó con toda felicidad.

Sin embargo, los progresos aviatorios vuelven a dejar al «cacherulo» en su verdadero sitio: cosa de juego, cosa de arte y de diversión.

Pero no se olvide que los aviones modernos tuvieron su origen en aquellas cajas «cacherulo» de los chinos.

Para un juguete, no es mala carrera la de haber sido precedente de tal aparato.

WYLM.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón